

lícitos le cuidaron hasta que vieron una á una cerrarse sus heridas y asomar los colores de la salud en su semblante.

Por él tuvieron noticia de que en las montañas de Asturias un varon ilustre llamado Pelayo por los cristianos y Belaij por los árabes, habia tremolado el pendon de la independecia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses se habia precipitado sobre los moros, derrotando al pié de Covadonga un ejército de veinte mil sarracenos. Esta victoria habia dado gran fama á Pelayo, y los valientes reconocidos astures le habian elegido rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo y creyó llegado el instante de no aguardar mas, sino de salir de su cueva á cumplir el juramento hecho un dia sobre el cadáver de su padre de morir ó triunfar por la sagrada causa de la libertad.

—Oye, —dijole una tarde al huésped ya restablecido completamente de sus heridas, —conoces tú el camino que guia á las guaridas donde se han retirado los mas nobles caballeros?

—Sí, —le contestó el huésped.

—Pues entonces mañana al rayar el dia partiremos.

En efecto al dia siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su hermano Feliz, partia lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como mas tarde debia hacerlo Pedro el ermitaño, á buscar uno á uno los guerreros que agrupados bajo el pendon de la cruz debian hacer temblar con solo el relincho de sus caballos las huestes capitaneadas por Muza y Tarec, debian reconquistar palmo á palmo y regándolo con sangre el territorio escapado de las manos de Rodrigo en una noche de orjía, y debian por fin dar principio á esa raza de héroes titanes que mas tarde llevaron el victorioso estandarte de Aragon á Mallorca, Valencia, Murcia, Sicilia, Grecia y África.

Noble y santa empresa la del oscuro ermitaño de la por él histórica peña de Uruel!

Voto vió á todos los guerreros que habian sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos, atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, se adhirió á los fuertes y á todos dió igual cita.

El 1 de Enero de 744 en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Juan de Atares.

Todos prometieron asistir.

Concluida su peregrinacion, reunidos ya los elementos que debian formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, cruzadas las manos,

de lo íntimo de su corazon envió un cántico de gracias, y de alabanzas al Señor.

Tornado á su cueva, estrechó con efusion á su hermano entre sus brazos y, brotando de sus ojos lágrimas de la mas pura alegría:

—Feliz, —le dijo, —hermano mio, ruega al Señor como yo le he rogado ya y dale gracias por haber permitido que nuestra cueva de Uruel sea la Covadonga aragonesa y por haber querido que nosotros, sus mas oscuros y humildes siervos, seamos los que arrojemos desde lo alto de estas peñas un ejército sobre los moros, como él, en sus dias de cólera arroja de lo alto de las nubes un rayo sobre los réprobos.

### III.

#### DIOS Y LIBERTAD.

Las tinieblas se agrupaban sobre las caprichosas peñas de los Pirineos, algunas de las cuales cubiertas de nieve se destacaban en las sombras pareciéndose á blanquizeas caravanas de fantasmas emprendiendo su pausado vuelo hácia su nocturno conciliábulo. El viento rujía prolongando sus agudos silvidos por aquellos desiertos, y un cielo de plomo bajo cuya bóveda se mecian y pasaban negruzcos nubarrones, dejaba caer grandes y heladas gotas de agua, precursoras de la tempestad que se formaba en el horizonte.

Sin embargo, á pesar de lo espantoso de la noche, cualquiera observador que hubiese tenido la mirada del águila que poder pasear por sobre aquellos montes, hubiera visto una multitud de sombras ya aisladas, ya reunidas, ya en grupos, ya dispersas, dirigirse hácia la peña de Uruel, trepar hasta cerca su cima y desaparecer repentinamente cual tragadas por un abismo.

Eran los citados por el peregrino Voto, eran los que se dirijian á la morada de los hermanos para, unidos, buscar los medios de salvar la patria.

Un hombre, el herido á quien se diera en la cueva hospitalidad, permanecía á algunos pasos de la misma y detenía á cualquiera de los que llegaban para trabar con él el siguiente diálogo, que era el santo y seña dado para que ningun traidor penetrara en las filas de los leales hijos de la religion y de la patria.

— A dónde vas?

— A Uruel.

— Para qué?

— Para vengarme.

— Quién te guía?

— Dios.

— Qué esperas?

— La libertad.

Y el recién llegado pasaba.

Sobre trescientos eran ya los que estaban reunidos en la cueva. Dos teas colocadas ante el modesto altar de San Juan Bautista alumbraban aquella asamblea, y reflejaban su luz misteriosa en aquellos rostros de severos perfiles y marcado tipo. Casi todos eran hombres jóvenes y robustos, envueltos unos en trajes formados de pieles, vistiendo otros la sencilla túnica goda ó la cota enmallada que habia comenzado á figurar en el reinado del infeliz Rodrigo. Todos iban también armados, quien con la gruesa maza de hierro que debia ser en otro siglo arma característica de la aventurera caballería, quien con la espada de dos cortes llamada *spathus*, aquel con la pica imitada de los romanos, este con el *scrama* de aguda punta, y la mayor parte con el arco y las flechas de puntas de acero ó de betun inflamado, mientras que algunos llevaban enroscada á su brazo la tradicional honda con la que arrojaban á gran distancia sus certeras y mortíferas piedras.

El mayor y mas profundo silencio reinaba en aquella reunion, guardando todos respeto á los dos eremitas Voto y Feliz, que arrodillados ante el altar rezaban en voz baja sus vespertinas plegarias.

Por fin, creyó Voto llegado el instante de hablar, atendido á que estaban ya allí todos los citados. Por consiguiente, levantándose y volviéndose hácia los circunstantes exclamó con voz robusta:

— Compañeros, somos jóvenes, somos fuertes, somos valientes. Ha llegado el instante de que arrojemos de encima nuestros hombros la esclavitud como una carga inútil y pesada; ha llegado el momento de que sacudamos nuestros miembros perezosos como sacude el leon de los bosques su melena pasado el postrador

período de su fiebre. Pelayo con su puñado de héroes nos enseña el camino desde las triunfantes peñas de Covadonga. Si grandes fueron los pecados de Witiza y de Rodrigo, la justicia del cielo debe estar ya satisfecha porque bien grande ha sido la espiacion. La esclavitud de hierro pesa sobre el pueblo que un dia dictó leyes á la triunfante Roma y arrastró por el fango y á la cola de sus caballos las enseñas orgullosas de sus Césares. Venganza, compañeros! Empuñen las febriles manos el hierro libertador, imitad el ejemplo de Pelayo á quien, cual á otro Gedeon, le ha confiado Dios el castigo de la raza impía, arrojad de nuestras campiñas, de nuestros templos, de nuestros hogares á esos revoltosos bárbaros que han venido á bañarse en la sangre de nuestros hermanos, y enarbolad el pendon de la victoria, el pendon de la cruz, de la independencia, de la patria, sobre hacinados montones de alárabes cuerpos. Dios y libertad! Venganza, hermanos! Dios y libertad!

Un rugido mas bien que un grito unánime acogió estas palabras. Largo espacio retumbó la cueva con los gritos repetidos por las cóncavas peñas de:

— Venganza! venganza! Dios y libertad!

El fuego sacro del entusiasmo lucia en la frente de Voto colocado sobre la grada del altar como la antigua pitonisa sobre su tripode, los ojos de aquellos trescientos héroes brotaban rayos, sus manos se estrechaban en la oscuridad con febril impaciencia y las armas chocábanse entre sí con agorero estrépito. El amor patrio bullia en el fondo de todos aquellos corazones, como en siglos posteriores debia hervir el oro en el fondo del crisol del alquimista.

Una voz partió de entre un grupo:

— Un gefe que nos guie al combate y todos le seguiremos!

— Sí, sí, un gefe! — exclamaron unánimes los circunstantes.

— Elejid vosotros mismos este gefe, — exclamó entonces Voto. — Elejidle y ríndasele en el acto obediencia y homenaje.

Todos los ojos se volvieron entonces y se clavaron en un hombre de atlética estatura que apoyado en su luenga espada permanecía junto á Voto. Sus facciones demostraban la energía y el valor, un rayo de intelijencia brillaba en su despejada frente. Era aquel hombre Garci Jimenez, señor, segun las antiguas crónicas, de Almezcoa y Arbazuza.

— Que sea nuestro rey Garci Jimenez! — gritó señalándole uno de los guerreros.

El entusiasmo entonces llegó á su colmo.

— Sí, sí, viva Garci Jimenez! El nos dará la victoria! Honra y prez al campeón de los cristianos!

—Compañeros, — exclamó entonces Garci Jimenez con aquella nobleza de caracter y aquella caballeresca hidalguía por la que mas que por sus victorias le señalan las crónicas, — si buskais un hombre de valor á toda prueba, un corazon de bronce para los enemigos, un alma alimentada solo por la fe y por el amor patrio, yo entonces puedo ser vuestro campeon. Si me quereis rey, me habeis de tomar siendo el primer súbdito de la ley, que son las leyes las que reinan y no los reyes.

—Viva Garci Jimenez! — gritaron entonces con mayor entusiasmo al oír à aquellas nobles palabras.

—Sí, — exclamó dando un paso Voto, — nombrémosle rey á él y á sus sucesores, pero instituyamos las leyes que deben estar pendientes como una espada sobre su cabeza, dispuesta, si falta, á caer sobre ella como caeria sobre cualquiera la de los otros súbditos.

Y pronunciadas estas palabras, antes de pasar á la eleccion, se asentaron en aquella cueva ignorada las leyes fundamentales de la monarquía conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe: códigos admirables destinados á ser, como han sido, un ejemplo y un modelo para las futuras edades.

Voto empuñó una espada y estendiéndola sobre el altar ante Garci Jimenez, exclamó solemnemente dirigiéndose á este:

— Todos los trescientos caballeros aquí presentes os rendirán obediencia como vasallos, Garci Jimenez, y pues de libre consentimiento os elijen rey y os ceden el dominio de los paises que conquistar pudierais; debeis jurar ante todo que *mantendreis sus derechos y libertades, que partireis las tierras que se ganen entre los ricos hombres, infanzones y caballeros, que ni vos ni los vuestros sucesores tendreis corte, juzgareis ni hareis guerra á otro príncipe, sin acuerdo de doce de los mas ancianos ó sabios de la tierra, quedando en libertad de elegir otro rey cristiano ó infiel, si vos, Garci Jimenez, faltais á algunos de los pactos hechos.*

— Lo juro! — dijo Garci Jimenez con voz clara y fuerte.

— Entonces, — exclamó Voto pronunciando aquellas famosas y sacramentales palabras que con poca variacion hubieron de quedar como una fórmula en el reino aragonés, — entonces, Garci Jimenez, *cada uno de nos que somos tanto como vos, y juntos mas que vos, os hacemos rey, con tal que hagais observar bien las leyes y si non, non.*

En seguida el mismo eremita se adelantó y ciñó la frente del nuevo rey con un tosco yelmo que hacia veces de corona, puso en sus manos una lanza, que era el cetro que regir debia á aquel pueblo belicoso, y alzaronle



Coronacion de Garci Jimenez.

— Compañeros, — exclamó entonces Garcí Jimenez con aquella nobleza de caracter y aquella caballeresca indulgencia por la que mas que por sus victorias le señalan las crónicas, — si buscáis un hombre de valor á toda prueba, un corazon de bronce para los enemigos, un alma alimentada solo por la fe y por el amor patria, por el amor que puedo ser vuestro campeón. Si me queréis rey, me habéis de elegir siendo el primer súbdito de la ley, no de las leyes que os dan y os quitan.

— ¡Viva Garcí Jimenez! — exclamó con mayor entusiasmo el pueblo que respondía al rey.

El rey y sus señores se arrojaron al suelo y se pusieron de rodillas ante el rey, que se levantó como un rayo y se puso sobre ella como caeria sobre los futuros súbditos.

Después de estas palabras, antes de pasar á la eleccion, se asentaron en el altar las leyes fundamentales de la monarquia conocidas con el nombre de Leyes de Sobrarbe; códigos admirables destinados á ser, desde aquel momento, un modelo para las futuras edades.

Y extendiéndola sobre el altar ante Garcí Jimenez, se leyó:

« Nos, los señores de Aragón, aquí presentes os rendirán obediencia y fealdad, y vos de libre consentimiento os elijen rey y heredero de las tierras que conquistar pudieseis; deis jurar ante todo que mantenéis en libertad á los vuestros súbditos, que partiris las tierras que os ganen entre los ricos hombres, caballeros y vascalleros, que ni vos ni los vuestros sucesores tendreis corte, que no os ponga ni en persona, ni en ausencia, ni en libertad de las leyes de sobrarbe, ni de las leyes fundamentales de la monarquia de Aragón, ni de las leyes de los reinos de España ».

Después de estas palabras se leyó el primer artículo de las leyes fundamentales que dice así: « El que fuere elegido rey de Aragón, sea en persona ó en ausencia, sea en libertad de las leyes de sobrarbe, ni de las leyes de los reinos de España ».

En aquel momento se levantó el nuevo rey y echando la espada al hombro y en su mano derecha puso en sus manos una lanza, que se le alzó al cielo, y alzaronle



Coronacion de Garcí Jimenez.

por tres veces sobre un pavés segun la usanza goda á los gritos tambien tres veces repetidos de: Viva Garci Jimenez!

En seguida, segun usanza tambien, colocóse el nuevo rey á un lado del altar y todos, uno á uno, fueron á besarle la mano en señal de obediencia.

Tal fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la union.

Varios escritores refieren, —y entre ellos el monge Gauberto, el cual no vacila en atribuirlo á santa inspiracion de los ermitaños Voto y Feliz, — que el mismo dia y en la misma cueva fué creada, como una garantía de la libertad, la singular institucion del *Justicia Mayor*, poder intermedio entre el monarca y los súdbitos, guardador de las leyes, columna de hierro en que se estrellaban los caprichos del soberano, y rey del rey porque era el arca de la ley.

Es magnífico, es sublime el espectáculo que presenta ese pueblo naciente en la cueva memorable de Uruel, asegurándose, antes de tener existencia política, su libertad é independenciam, y guareciéndose con un escudo de bronce, el escudo de la ley, contra la tiranía y desafueros de los reyes!

Entonces fué cuando comenzó esa venerada serie de sacerdotes de las leyes, superiores en cierto modo á los monarcas mismos, y que debian terminar cuando la cabeza sangrienta de Juan de Lanuza, el último Justicia, rodó por las gradas del cadalso que mandó elevar Felipe II. Entonces fué cuando empezó esa otra no menos venerada serie de reyes, héroes y campeones de Aragon, dignos y justicieros monarcas, señores de hombres libres, pues que, segun brillante espresion del monje Gauberto Fabricio, era cada aragonés un rey y su soberano un rey de reyes é imájen de Dios cuya principal grandeza es mandar libremente á los que crió libres.

Terminada la ceremonia, Garci Jimenez cayó de rodillas y con él todos sus nuevos vasallos, alzaron sus preces al cielo, y, sonreía el alba, cuando el rey de aquella noche, ansioso de merecer este título, se lanzó fuera de la cueva dando el grito de *Dios y libertad!*

Todos le siguieron blandiendo sus armas.

El cielo fué propicio á sus deseos.

Ainsa fué la primera ciudad en caer. Garci Jimenez y los suyos arrojaron de ella á los sarracenos despues de una sangrienta lucha en que los cristianos pendones llevaron la primera y señalada victoria.

El ilustre campeon quiso solemnizar esta hazaña con la gratitud, y al efecto mandó restaurar la ermita de los hermanos Voto y Feliz dándola mayores

proporciones, hizo la donación de Ainsa su primera conquista y, recordando que en aquella cueva había estado su trono, quiso también que en ella estuviera su tumba y señalóla por lo mismo para su morada y sepulcro.

Garcí Jimenez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus estados con su triunfadora espada, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros que se creyó irremisiblemente perdido. En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió sobre una encina una cruz roja. Semejante prodigio, dicen las leyendas, fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento y para perpetuar el hecho, pintó la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe* derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol*.

Interin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habían de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Feliz bajaban al sepulcro siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla al lado de San Juan de Atares, y dicen las piadosas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían.

Así desaparecieron del número pero no de la memoria de los hombres, aquellos dos justos y piadosos varones cuya vida fué dignamente empleada en el servicio de Dios y de la patria; así terminaron sus días aquellos dos corazones leales y patriotas que en el modesto albergue eremítico y cubiertos con la penitente holapanda, nutrieron las ideas de libertad y de independencia que debían por largos años hacer la felicidad de un pueblo y ser la norma de los reyes.

Oh! es una santa causa la de la libertad cuando tiene tantos corazones puros y rectos que se sacrifican por ella.

Dos hombres no menos piadosos y no menos dignos, Benedicto y Marcelo, fueron á ocupar el lugar que dejaba vacante la muerte de Voto y Feliz y á constituirse en imitadores de los dos hermanos al propio tiempo que se hacían guardas de su sepulcro venerado.

De todos puntos empezaron entonces á partir caravanas de romeros y peregrinos que iban piadosamente á visitar las tumbas de Voto y Feliz, de los dos hermanos que tuvieron para aquel pueblo naciente el triple carácter de guerreros, sacerdotes y legisladores.

Así es como dió principio la fama y el esplendor que en tiempos posteriores debía envolver á San Juan de la Peña, la cuna de las inmortales libertades de Aragon.

## IV.

## UNA PEREGRINACION.

LA ERMITA DE LA VIRGEN DE LA VICTORIA. — EL CASTILLO DE ATARÉS. — EL MONASTERIO DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS. — SAN JUAN DE LA PEÑA.

Mucho tiempo ha pasado ya, pero no lo olvidaré jamás ese recuerdo de mis buenos días.

Yo tenía entonces un amigo, pobre amigo mío! de alma escéntrica y naturaleza poética, corazón leal y mano franca que, convidado al festín de la vida, asomaba su rostro pálido orlado de una sedosa cabellera negra y paseaba por los semblantes de los demás huéspedes convidados la mirada triste é indiferente del alma, que, envuelta en su ascético entusiasmo, vive del idealismo y de sus goces en un mundo mejor y más perfecto. Todos le querían como á un amigo. Yo le amaba como á un hermano.

Hoy vive sepultado en el seno de esa turba de gigantes que se llaman *los Pirineos*. Que mi saludo fraternal vaya á encontrarle á su modesta morada y le felicite como un cariñoso recuerdo de los buenos días!

Una tarde vino á verme y me dijo:

— Parto.

— A donde vas?

— A mi país, á Jaca. Irás á visitarme?

— Qué se yo!

— Haríamos una peregrinación á San Juan de la Peña, al sitio clásico de la libertad.

— Iré pues.

Y fuí.

Larrosa me recibió con los brazos abiertos, y, poeta y artista, me hizo